

MOSAICO

Ana Grandal

A la gente del Bar París

Hebe

—Mira quién acaba de entrar. ¿No es ese el tío con el que te enrollaste el viernes?

«Joder». Ella intenta esconderse detrás de la gruesa columna cuadrada que parece custodiar las puertas de los lavabos. Demasiado tarde, él ya la ha visto y se acerca a su grupo.

—¡Hey, qué pasa, guapa!

—Ah, hola.

No consigue acordarse de su nombre. En realidad, no recuerda casi nada del famoso viernes, solo las risas, el alcohol, la música bailonga del directo de los Vitter del Kas, y aquel chico que no se despegaba de ella.

—Tenía muchas ganas de volverte a ver.

«Pues ya me has visto». Es lo primero que le viene a la mente, pero no quiere sonar borde.

—Qué bien.

—¿Te apetece un *mini*?

«Pero, ¿qué coño estoy haciendo?» Hunde los morros en la espuma blanca, mientras el otro se acerca a su oído unos centímetros más de lo que AC/DC requiere. No le hace falta escarbar en su memoria para reconstruir los besos con sabor a humo ni los magreos borrachos ni el torpe acariciar de la carne: los ojos de él, su cuerpo, sus labios, se lo cuentan todo.

Ella sabe que no va a ser capaz de decirle que no, por eso bebe cada vez más deprisa, a ver si la cerveza le anestesia lo suficiente como para que esta noche tampoco le importe.

Jimmy Jazz

Sobre el minúsculo escenario esquinado se agolpan los músicos de Alcohol Jazz, pero el público lo tiene aún peor: el local está atestado. Empotrado contra la máquina de dardos, Kike siente el sudor brotando a borbotones de la frente. Necesita un trago.

—¡Pásame el *mini*! —le grita en la oreja a Rosa.

—¡Lo he dejado encima de la mesa! —berrea ella.

Kike se asoma por detrás de un tipo con camiseta del Rayo que apoya el codo en el tablero redondo. El *mini* ha desaparecido. «Me cago en la hostia, ya nos lo han levantado». Se contorsiona para mirar a su alrededor: imposible saber quién ha sido, qué boca está libando de su litro de birra. Encima del raíl pegado a la pared, alguien ha dejado un vaso de plástico medio lleno. «Pues este para mí».

A Anita le encanta este grupo. Con los ojos cerrados, mueve la cabeza al compás del saxofón, entregada al poderoso ritmo. Termina el tema, alza los brazos y aplaude hasta que le arden las palmas. Baja una mano y tantea el reposadero metálico atornillado a su derecha. Allí no hay nada. Se vuelve a sus colegas con cara de cabreo.

—Voy a pillar otro *mini*, que el nuestro se lo ha llevado algún cabrón.

Se estruja entre la gente y avanza hasta la barra. Lo primero que ve es un litro recién tirado sin dueño aparente. «Pues este para mí».

Edu prefiere ver los conciertos cerca del largo mostrador de madera: allí los bailes no son tan entusiastas y solo tiene que darse la vuelta para pedir de beber. Y hablando de beber,

la Larga acaba de ponerle un *mini* bien fresquito... que ya no está. «Mierda puta». Junto a él, unos chavales jovencitos no paran de hablar. Uno de ellos suelta un carcajada, derramando sobre su chupa parte del contenido del vaso de litro que sujeta en la mano y que deja sobre la barra para limpiarse un poco...

Y así el Jimmy se transmuta en un ruidoso templo en el que se oficia una colosal comunión de cerveza que va hermanando a todos los feligreses.

VKaos

—¿A dónde vamos?

—Podríamos acercarnos al VKaos, que hace tiempo que no nos pasamos.

Hoy él se ha levantado con una sensación extraña, una mezcla de pesadez en los huesos y añoranza por no se sabe qué. Le da la impresión de que le falta algo... o le sobra algo. Y ahora, a medida que remontan la cuesta de Martínez de la Riva, se da cuenta de que sus colegas han cambiado: el Charly está un poco más gordo, el Lobato un poco más calvo y el Periko un poco más *colgao*.

Lo que no ha cambiado en absoluto es el bar: ahí siguen las láminas encuadradas de Mago de Oz, el clásico póster de Soziedad Alkoholika y el gigantesco mural de épicos guerreros a lomos de unicornio, que cabalgan la tormenta.

—Jose, ponte cuatro *ron-colas*.

Acompañando a los rones, Jose, en su infinita hospitalidad, les planta delante unos cuencos rebosantes de pipas.

—Qué bien nos cuidas, tronco.

Y en ese momento, a él se le abre un ojo en la mente y puede atisbar el futuro con total claridad. Se contempla a sí mismo, al Charly, al Lobato y al Periko sentados en las mismas banquetas, bebiendo los mismos pelotazos, riéndose de las mismas gilipolleces mientras los años pasan y ellos se ven cada vez más gordos, más calvos y más *colgaos*.

Coge un puñado de pipas y comienza a pelarlas con las manos. La verdad es que, bien pensado, todo eso le importa una mierda.

Pondebeber

Abre la puerta y el potente *riff* de *Paranoid* le sacude como una bofetada.

—Ponme un tercio.

Él se sienta en un taburete alto junto a la barra, frente a la gigantesca pantalla que tapiza la pared, altar pagano consagrado al arrebatado descarnado del rocanrol, donde ahora oficia un Freddie Mercury melenudo, aullando entre los acordes alucinógenos de *Bohemian Rhapsody*.

Sus ojos se entretienen vagando por el local y aparcan en la galería abigarrada y enmarcada de antiguas entradas a conciertos. Con una punzada descubre el pase para Deep Purple, en aquel Palacio de los Deportes de sonido metálico y sudoroso, amortiguado aún más por los labios de ella. Más allá, Siniestro Total, en la olvidada sala Aqualung, y el sabor de la cerveza y los porros y *Miña terra galega* en dúo abrazado, la incandescencia de sus pezones taladrándole la espalda.

Y entonces, desde la ventana rutilante del televisor, sale a escena el rey Lagarto. Jim Morrison besa el micrófono, *Light my fire, c'mon baby, light my fire*. Él cierra los ojos y, a tientas, busca la puerta del baño. Sentado en la taza, mientras el teclado desgrana los últimos compases, él llora por su estupidez, por haber permitido que ella se despidiera, por las yemas de sus dedos blancos que nunca volverán a escuchar a los Doors junto a él.

Wendigo

13:00 b

—Satur, pon una ronda.

—¿Te han llamado para currar?

—Qué va, no sale nada. Me voy a bajar a Caños de Meca a estar tirado en la playita, que al menos allí me ahorro el alquiler, la luz, el gas y todo lo demás.

15:00 b

—Satur, pon una ronda.

—Te digo yo que la música que se hace ahora es una mierda. El rocanrol, eso sí que tenía mensaje: la libertad, la rebeldía contra la puta sociedad.

—Ya te digo. Cuando escuchas a Rory Gallagher o a Johnny Winter es que se te pone la piel de gallina; mira, mira los pelos del brazo, ¿lo ves? Y solo con pensarlo, oye.

19:00 b

—Satur, pon una ronda.

—Pues para mí la farlopa es lo peor, solo sirve para poder aguantar a tus amigos farloperos.

—Dí que sí. Anda, pásame un papel.

22:00 *b*

—Satur, pon una ronda.

—Dime tú de alguna civilización, pero desde el principio de la humanidad, ¿eh?, en la que lo que mande no sea el dinero.

—La pasta, está claro, el parné.

Y así, otro día más, acabamos arreglando el mundo.